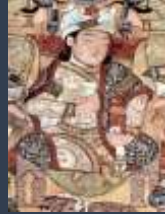




Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

21 – Ibrahīm vuelve a casa

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 21 ~ Ibrahím vuelve a casa



Tras una breve laguna, volvemos a retomar nuestro manuscrito de base. Baïbars ha sitiado El-Aflâq; Shîha no tarda en reunirse con él, y le anuncia que ha conseguido salvar la vida a Ibrahím; en fin, que todo se desarrollaba dentro de la normalidad. Pero, había que contar con la familia del herido, y sobre todo con su hermana, la terrible Fâtmeħ: así que cuando la dama desembarca, armada de pies a cabeza, a la cabeza de veinte mil vírgenes del Horân, y flanqueada por sus parientes, que, manifiestamente cansados debido a su avanzada edad, parecían haber bajado los ánimos ante las iniciativas más o menos afortunadas de su ardorosa progenitura.

Hay que reconocer que las admiradoras de Ibrahím son temibles; además, su presencia ante el ejército es un desafuero político insoportable, tal y como se concebía en esas lejanas épocas nada claras, y, Baïbars hace todo lo posible por mandar de vuelta a las jóvenes a su

Horân natal. En esta entrega, le sorprendemos en plena discusión con Fâtmeħ.]

– Te juro que sólo nos marcharemos de aquí en uno de estos tres casos –afirmó rotundamente Fâtmeħ–: o bien matamos a todos los francos a filo de espada, cortándoles las orejas para hacer collares y colgarlos del cuello de nuestras cabalgaduras; o perecemos aquí hasta la última de nosotras para vengar a Ibrahím; o, se nos devuelve a Ibrahím vivo y totalmente sano y salvo, tal y como le vimos partir.

– Entonces, si se os entrega a Ibrahím, ¿regresaréis a vuestra casa? –insistió el sultán.

– Sí.

– Está bien; esta noche, a las cuatro de la madrugada, cuando todo esté tranquilo, venid a reuniros conmigo a mi pabellón, y yo te mostraré a tu hermano Ibrahím.

Ante estas palabras, Fâtmeħ corrió a arrojarle a los pies del rey.

– Vamos, no te preocupes, todo irá bien –la tranquilizó el rey.

Luego, el sultán se levantó; Hasan se apresuró a traerle su semental cap-de-moro. Baïbars montó en su cabalgadura y volvió a su pabellón, en donde se sentó rodeado de los grandes del reino y de los visires. Pasó la noche despachando con ellos; luego, a las dos de

la madrugada, les ordenó que se retiraran, conservando solo a Shîha, al que le contó su encuentro con Fâtmeħ.

– Efendem, estas vírgenes de las montañas son testarudas como mulas –comentó el Maestro de las Argucias– ¡No conozco nada más venenoso que las gentes del campo!

Poco después, vieron llegar a Hasan El-Horâni, flanqueado por su hija Fâtmeħ, y su esposa, Aisheħ La Canosa, la madre de Ibrahim; después de que les autorizaran a entrar, avanzaron hasta el trono y se inclinaron profundamente, hasta el suelo, tal y como requería la etiqueta.

– Yamâl El-Dîn, muéstrales a Ibrahim –ordenó el sultán.

Shîha les condujo a un compartimento interior de la tienda, y les enseñó el baúl.

– ¡Qué significa esto! –protestó Fâtmeħ– ¡Está muerto y requetemuerto!

– ¡Ni mucho menos! –corrigió Shîha– Está todo lo vivo que puede estar.

Y Shîha comenzó a darle todas las explicaciones del caso, pero sin éxito alguno.

– Ya puedes decir todo lo que quieras; pero yo no me creo ni una palabra hasta que no abras ese baúl, y yo pueda ver con mis propios ojos si está muerto o vivo –cortó Fâtmeħ.

– ¡Guárdate bien de hacer tal cosa, noble *labweħ*¹! –exclamó el Maestro de las Argucias– Si abres el baúl, le pondrás en un grave peligro. Confórmate con hablar a través de los pequeños agujeros que he hecho para dejarle entrar el aire: puede que te responda.

La joven se inclinó sobre el baúl y gritó:

– ¡Eh, Ibrahim, hermano mío!

Entonces se oyó una débil voz que salía del interior:

– ¡Aquí estoy!

– ¿Quién soy yo? –insistió la joven.

– Mi hermana Fâtmeħ.

Entonces, fue su padre quien le habló, y luego, La Canosa, su madre, avanzó hasta el baúl.

– Y yo, ¿quién soy? –preguntó La Canosa.

– ¡Tú eres mi anciana madre! ¿Cómo no iba yo a reconocerte?

Ante esas palabras, la venerable matrona se golpeó el pecho y comenzó a ulular “¡Ah, mi pobre chiquitín!”, con una voz tan aguda que hizo que se doblaran los mástiles que sujetaban el pabellón.

– Bueno, pues yo, tengo que estar segura –continuó Fâtmeħ, aún escéptica– ¿Quién me dice a mí que no me habéis montado una engañifla, como las de Yauán, escondiendo a alguien ahí adentro y haciéndole pasar por mi hermano? ¡Si queréis que os crea, abrid el baúl!

¹ “Leona”: título que se da a las Amazonas ismailíes.

– Escucha, hija de valientes –la advirtió Shîha–, si yo le expongo ahora al aire libre, tendrá que pasar otros cuatro meses ahí dentro, mientras que ahora está, casi a punto de aliviar su sufrimiento.

Pero, ante la inquebrantable obstinación de la joven, no tuvo más remedio que levantar la tapa del baúl. Se dice que entonces Ibrahim dio un grito de dolor y exclamó:

– ¡Ah, Yamâl El-Dîn! ¿Por qué me has hecho eso? ¡Mis heridas ya estaban casi cicatrizadas, y ahora se han vuelto a abrir!

Alertado por el ruido, el sultán vino a reunirse con ellos.

– Pero bueno, ¿qué es lo que os pasa? –les preguntó.

Shîha le explicó lo que había sucedido.

– ¡Ah, qué tontería has hecho! –le reprochó el rey.

– ¿Y qué querías que hiciese, *efendem*? –replicó Shîha un poco molesto– ¡Estos Horânis son peor que una falsa piastra; no hay manera de desembarazarse de ellos!

– ¡Sólo en Dios reside la fuerza, el Altísimo, el Todopoderoso! –suspiró El-Zâher-Baïbars, resignado– Y ahora, Fâtme, ¿cuáles son tus intenciones? –continuó el sultán dirigiéndose a la joven– ¿Has visto a tu hermano? ¿sí o no?

– Desde luego que sí.

– Pues bien, en ese caso, vas a regresar con tus compañeras; esta noche, haréis todos los preparativos, y mañana, al alba, ¡levantaréis el campamento de aquí!

– *Efendem*, por supuesto que nos marcharemos, pero queríamos llevarnos el baúl con nosotras para trasladar a mi hermano al Horân.

– ¡Pero eso no es posible! –protestó el rey– Sus heridas aún no están curadas; incluso acaban de volver a abrirse. Sería preferible dejarle aquí, con los buenos cuidados de Yamâl El-Dîn; si os lo lleváis con vosotras, os arriesgáis a causarle la muerte.

– Deja que nos lo llevemos, *efendem*, y responderemos de todo –insistió Fâtme–. Si se cura, será una alegría, y si muere, al menos nos quedará el consuelo de enterrarle en su propia tierra.

– Está bien; confiáselo, Yamâl El-Dîn –se resignó el sultán– Y no olvides de darles también los remedios.

Shîha les entregó un cucurucho de papel con las preciosas y salutíferas píldoras, y les ordenó que se abstuvieran de volver a abrir el baúl, y de no volver a dirigir la palabra a Ibrahim hasta el final del tiempo fijado para su curación; evitar que respirara el olor de la carne cocida y de los perfumes, y mantener el baúl al abrigo de los rayos del sol, de la luna y de las estrellas. En fin, que les explicó una y mil veces todos los detalles de cómo cuidar al herido, antes de entregarles el baúl. Saad lo transportó a sus espaldas, y los Horâníes se retiraron, volviéndose al pequeño valle en el que habían levantado su campamento; en cuanto llegaron, desmontaron las tiendas a la luz de la luna, cargaron todo el equipaje en

sus camellos, y se fueron antes de levantarse el sol. Saad se quedó con ellos para ayudarles, acompañándolos durante las primeras horas del viaje; luego, se despidió y regresó al campamento del rey. Y esto es lo que sabemos respecto a Ibrahim, las vírgenes del Horân y Hasan. Mientras tanto, el rey se había quedado solo con Shîha.

– Comendador de los creyentes, la suerte de Ibrahim me preocupa y mucho –le comentó al rey.

– Qué quieres que te diga –respondió el sultán–; si no ha llegado al final de los días que Dios le ha concedido, vivirá, y, en caso contrario, pues no podemos hacer otra cosa que confiar en Su misericordia. Desde el momento en que su familia lo reclamó, no teníamos derecho alguno para negárselo.

– Ojalá Dios haga que todo termine bien –concluyó Shîha, levantándose para despedirse.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.22 – Otro rival para Shîha